

AMIC. XXII ENCUESTRO DE INVESTIGADORES DE LA COMUNICACIÓN.
D.F. 2-4 de Junio 2010-05-20. Ciudad de México.

Mesa GI 5. Estudios de Periodismo.

Ponente: Áurea Blanca Aguilar Plata

Institución: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.UNAM.

Título : “El debate por la libertad de prensa ante el Estado Corporativo de Lázaro Cárdenas, 1934-1940”.

Curriculum.

Egresada de la licenciatura y la maestría en Ciencias de la Comunicación, por la UNAM. Realizó un diplomado en Historia Cultural y Estudios Culturales en el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora y diplomado en Análisis de la Cultura, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, así como el diplomado “México:un país, muchas historias”, en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Entre sus publicaciones recientes están: *La guerra en los medios y los medios de la guerra.Iraq 2003*, Comunicación y Política Editores, 2003.*La violencia nuestra de cada día* (Coord), Plaza y Valdés/Comunicación y Política Editores, 2006; “Política:ayer como hoy”, en *Voces en papel.La prensa en Iberoamérica, de 1792 a 1970*, Coord. Celia del Palacio y Sarelly Martínez, Universidad Autónoma de Chiapas,2008.

Resumen.

En un escenario propicio a la expansión de la industria editorial y de la tolerancia en la difusión de ideas, se agudizó el conflicto entre la prensa corporativa, fiel al Estado cardenista y la prensa masiva deslindada de compromisos políticos. En este contexto el significado que adquirió la libertad de expresión y la de prensa constituyó un pilar fundamental en la consolidación de la prensa comercial del siglo XX, de pretensiones independientes del poder político y las militancias de partido. Este ensayo presenta las características del escenario editorial en que se dio esta confrontación durante el cardenismo (1934-1940).

El debate por la libertad de prensa ante el Estado corporativo de Lázaro Cárdenas, 1934-1940.

1. Entre el compromiso y la autonomía de la prensa del siglo XX.

El análisis de la historia de la prensa en México corre paralelo a la historia nacional y ha sido presentado como espejo de las diferencias ideológico-políticas de los grupos en el poder. Es de comprender que, en coherencia con las corrientes históricas nacionalistas, en las primeras décadas del siglo XX, y luego con la influencia de las

corrientes materialistas en la investigación social, en la segunda mitad de ese siglo, la historia de la prensa haya ido en consonancia con los intereses que explicaban la formación del Estado mexicano.

Al ver a la prensa como principal medio propagandístico en los movimientos sociales y políticos, los historiadores de México han echado mano de ella no sólo como fuente documental sino como uno más de los actores políticos en el proceso. Sin embargo, debido a esto el papel de la prensa ha sido condenado a su posición ideológica, a sopesar su actividad en función de su apoyo o combate a los regímenes y proyectos emanados de la revolución mexicana.

Si bien la política es impensable sin prensa, como han afirmado historiadores y periodistas, al mismo tiempo la prensa se ha abierto camino, al margen de partidos y grupos organizados, para mantener su propia postura profesional, sin aliarse a ellos o a pesar de ellos. En este proceso para alcanzar cierta autonomía, la prensa reflejó los embates de unos y otros grupos contendientes que esperaban utilizarla con fines exclusivos en la contienda política.

Tal vez el siglo XIX por su carácter definitorio en la separación de México del lazo español, mantuvo una cualidad particular en aquel proceso que impulsó la tarea propagandista de las numerosas publicaciones que circularon a lo largo de ese siglo en México. No sin que también hubiera espacio para otro tipo muy variado de periódicos que intentaban cubrir necesidades sociales y culturales, no tan ligadas directamente a la lucha por el poder gobernante. Pero el largo proceso político de definición del Estado mexicano inclinó la balanza de la historia de la prensa hacia su papel en medio de esa trayectoria ideológico-política, dejando en segundo plano otras valiosas acciones ligadas más a los sectores sociales, comprometidos o no en la lucha por el poder.

El papel de la prensa visto ahora desde el presente, resulta mucho más amplio y complejo en un escenario que muestra numerosos matices y no la bipolaridad que antaño siempre se trató de definir: estar o no con el poder en turno.

A medida en que el proyecto revolucionario del siglo XX fue estabilizándose, precisamente al final de la segunda década y durante la tercera, también el papel de la prensa entró en un proceso de redefinición, en una perspectiva marcada por el contexto internacional y por las aspiraciones de modernidad que permitieron a la prensa, tanto

como al país, entrar en ese escenario de promesas tecnológicas, económicas y de cultura universal, o cosmopolita que se asomaba a los márgenes del Estado posrevolucionario.

Curiosamente estas aspiraciones se daban en medio de una lucha interna por alcanzar unidad nacional, afirmación de lo propio y cohesión cultural. Si por una parte se percibía el escenario internacional como amenazador del Estado aún débil y mal consolidado, después de casi tres décadas de luchas intestinas; por otra parte, se deseaba un desarrollo a la par de los países modelo para México, como Francia, Inglaterra, Estados Unidos o Alemania, quienes se constituyeron en referentes permanentes en la prensa mexicana, como ejemplo de prosperidad.

La lucha por consolidar instituciones, una vez terminado el periodo de las armas, no garantizó la libertad de prensa como se leía en la constitución de 1917. La censura y la represión no estaban proscritas; sin embargo el control de parte del Estado tomaría nuevas rutas, dejando de lado, poco a poco, las presiones directas. Líderes obreros organizados y militantes de partido tomarían el lugar, tanto para competir con una prensa de propaganda, como ante la nueva prensa comercial, para ser ellos quienes ejercieran la presión hacia la nueva prensa masiva e intentar no sólo alinearla en los caminos marcados por los caudillos de la revolución, sino en ocasiones demandar su desaparición definitiva.

En la segunda década del siglo XX, la suerte de la nueva prensa masiva, o comercial, estaba echada, no sin compromisos personales de diverso tipo, pero con la declaración expresa de neutralidad respecto al grupo gobernante y a las organizaciones políticas, para intentar fungir como intermediarios de la sociedad ante el representante del poder. Este largo proceso tuvo que sortear antes las luchas caudillistas, el autoritarismo de los presidentes revolucionarios, que intentaron mantener el control de la sociedad y de la prensa sin cortapisas, sin lograrlo del todo.

A pesar de eso, con el fortalecimiento del gobierno revolucionario, hacia la tercera década del siglo XX, con la aparición de sectores populares organizados se abrieron posibilidades para la participación más amplia de nuevos sectores sociales, en los escasos centros urbanos en formación. El proceso urbanizador, aunque lento, se haría progresivo y permitiría también a la nueva prensa ampliar su horizonte respecto a sus posibles lectores, y no sólo eso, sino a los propios actores dedicados al periodismo, ahora como tarea central, les llevaría a proyectar ésta más allá de lo que fueran las

profesiones prestigiadas de sus antecesores, la abogacía, las letras, la medicina, etc., permitiéndoles ocupar un nuevo estatus profesional.

En el periodo del que me ocupo en esta investigación (1934-1940), estaba presente la idea de una prensa y unos medios de comunicación destinados a servir al proyecto estatal de organización de las fuerzas populares y de contribución al proyecto educativo oficial. La prensa como expresión del poder, por la relación que establece con el ciudadano común, a través de su foro público, era requerida por el Estado para convalidar sus acciones políticas. Pero no sólo eso pues la prensa también forma parte de la actividad social y cultural del ciudadano, con las cuales éste podrá encontrar puntos de identificación mayormente necesarios en el espacio urbano propio de la prensa. El Estado por lo tanto requiere de la prensa independiente de su control, para que la sociedad cuente con elementos de legitimación y de expresión ante el poder establecido. Esta condición ha sido indispensable en el marco del Estado liberal moderno.

De esa manera en este periodo se plantea una confrontación entre un proyecto estatizante en lo económico, corporativo en lo social y laboral, y “democrático” en lo político-jurídico, que intenta organizar por vías institucionales, para canalizar también la llamada “opinión pública” por una parte, y por otra, difundir ampliamente las acciones del plan sexenal sin obstáculos, evitando o clausurando en lo posible, las críticas a ese plan.

Este escenario plantea una rica confrontación entre el afloramiento de la crítica de diverso tipo, no sólo la política, sino la literaria, la filosófica, la religiosa y hasta la estética, y un plan vertical-horizontal de gobierno, que a través de los sectores organizados se opone a la crítica; un discurso que parece afirmar la absoluta libertad de expresión y de prensa, y el impulso y apoyo a grupos recalcitrantes que defienden una verticalidad y unidad de pensamiento.

En la posrevolución una cultura “bullente y con distintas tendencias”, dice José Joaquín Blanco, mostraba diferencias inclusive “entre los seguidores cercanos al presidente, al gobernador o al señor secretario”, lo que para Blanco en lugar de cerrar posibilidades, las diferencias entre los proyectos nacionales “permitían que casi todo

artista o autor cupiera en ellos”¹. O como apunta Jorge Cuesta: “eran tiempos de crítica y la prensa se convirtió en una fábrica de la moralidad pública. En sus páginas se dirime una contienda por el estatuto de las prácticas de la escritura...”²

En el proceso de institucionalización en marcha los intelectuales, de diversos campos del conocimiento, participaron casi sin excepción. Todos escribían en distintas publicaciones periódicas, a veces en varias simultáneamente, y ejercían la crítica de todo tipo, e imprimían su matiz particular, político, literario, estético, religioso, al diario o revista que les daba espacio para expresarse.

Desde la cumbre del poder, el presidente Lázaro Cárdenas alentaba la crítica y la autonomía política e intelectual; sin embargo, en los hechos la crítica vivía tiempos de ajustes y enfrentaba constantemente el ataque tenaz de las organizaciones radicales, desde donde se exigía lealtad absoluta al plan de gobierno y cuestionaban los objetivos de la prensa comercial al grado de exigir su desaparición del escenario editorial.

Hablar de neutralidad o independencia, provocó constante desconfianza en aquel entorno cargado de radicalismos y proyectos ideológicos. Mal momento para plantear un proyecto de prensa “masiva” e “independiente”, pues estos calificativos dieron lugar al ataque directo y la descalificación con el sello del conservadurismo, o de manera más general, con la marca del capitalismo y de la “contrarrevolución”, cualidades a las que fue confinada la gran prensa masiva del siglo XX por los grupos más radicales de la posrevolución mexicana.

No obstante se puede decir que estaba ya en proceso la idea de lo que debería ser un periódico moderno e independiente (del gobierno), calificativos con los que se presentaron a sí mismos los diarios y revistas de gran tiraje (relativamente) en el siglo XX. Aunque ya en el siglo anterior muchos periódicos se calificaron igual.

Lo que marcaban los tiempos, según decía Gilberto Owen, al referirse al proceso de secularización del Estado moderno era que la revolución “había encomendado con mejor juicio, el análisis de lo social y su divulgación al maestro de escuela, al

¹ José Joaquín Blanco, “Medio siglo de literatura en México” en *Política cultural del Estado Mexicano*, México, Centro de Estudios Educativos, Secretaría de Educación Pública, 1983, p.102.

² Jorge Cuesta, cifr., Ilán Semo, “La segunda secularización” en Revista *Fractal*, México, Fundación Fractal, núm. 25, 2002, p.145.

periodista, al legislador, al economista y al político”³ (Gilberto Owen, 1993:57-58). En efecto, las controversias de todo tipo se dirimían en los periódicos. Agrega Abelardo Villegas que en el fondo “las discrepancias se referían a la difícil tarea de establecer la frontera entre lo individual y lo social en el campo del intelecto”⁴.

En ese medio cargado ideológicamente y de frecuentes pugnas entre los propios revolucionarios, tanto como entre éstos y los que sólo observaban desde el balcón, la prensa intentaba mantenerse a flote, sin comprometerse decididamente con un bando particular y, en el periodo de Lázaro Cárdenas, la libertad de expresión sería parte fundamental para mantener unido al país y consolidar un régimen electoral, pero también para dejar lugar a expresiones de otro tipo, en el terreno más amplio de las ideas, para alentar el debate público y dejar las armas guardadas en casa. En otro plano más social, la libertad de expresión permitiría promover cambios en la añorada modernidad de la vida cotidiana, al tratar de ser una ventana abierta al mundo exterior, al acontecer en los escenarios importantes de los avances tecnológicos, económicos, científicos y del entretenimiento.

Sin embargo la propia idea de la libertad de prensa y de expresión, suscitó argumentos encontrados ante los grupos radicales y la propia defensa de una libertad sin límite que la prensa reclamaba, en su carácter de independiente. Sobre este particular, no es posible afirmar que Cárdenas prefería una prensa incorporada al partido oficial y las organizaciones sindicales, sino más bien una gama amplia de expresiones, aunque con ciertos límites. A pesar del programa propagandístico que implementó desde el poder, el presidente sabía que mantener ese solo modelo, chocaba con las libertades individuales que también defendió de manera sistemática.

El deslinde que la prensa mercantil hizo respecto del gobierno y los partidos, fue al mismo tiempo un garante de la libertad de expresión que el propio gobierno se esforzaba por mantener, ya que una prensa libre de ataduras iba en paralelo con el proceso secular del Estado moderno que se pretendía alcanzar⁵.

³ Gilberto Owen, cfr., Ilán Semo, op.cit., pp. 45-78; Enrique Florescano y Ricardo Pérez monfort, *El Nuevo pasado mexicano*, México, Ediciones Cal y Arena, 1993, pp. 57-58

⁴ Abelardo Villegas, *El pensamiento mexicano en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 59.

⁵ Véase Fernando Curiel Defossé, “Ambición sin límite. La intelectualidad mexicana del siglo XX” en *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, núm. 23, 2004, pp. 55-94.

En ese proceso la prensa no renunciaba del todo a las ideas y creencias acordes con ciertos sectores sociales, pero éstas se confinaban, poco a poco, al ámbito personal, y el propio Estado alentaba este proceso, al menos en el discurso oficial y en el terreno jurídico.

Es en este contexto general que se dio una especie de paréntesis histórico en el curso que llevaba el desarrollo liberal del modelo de país, desde la segunda mitad del siglo XIX. Este “paréntesis” confrontó dicho modelo liberal con cambios estatizantes en lo económico y corporativizador en lo social. Paralelamente, la prensa se resistió a entrar en este último proceso que intentó organizarla en torno al plan de gobierno. El problema central es que se dio una constante confrontación de ambas tendencias y la prensa logró continuar adelante, desligada relativamente del poder gubernamental, al margen del proceso corporativo. Así se va estableciendo una nueva relación entre prensa y gobierno; relación que si bien resultó ambigua, permitió un margen de acción más amplio para la prensa “masiva”, o llamada comercial. Este margen se sustentó en el modelo jurídico de libertades individuales: libertad de expresión y libertad de prensa, no sin desterrar del todo la censura ejercida por otros medios diferentes a la represión directa.

En consecuencia, al término del cardenismo y con la vuelta al carril liberal, capitalista (que en realidad nunca fue abandonado), la tendencia autónoma de la gran prensa pudo continuar con mayores libertades, al menos por algún tiempo, lo que permitió afianzar el modelo de periodismo comercial que conocemos hasta el presente. Con este modelo de prensa se fortaleció el perfil que contempla una variedad más amplia de intereses, presentados en una misma publicación; un formato llamativo que pudiera apoyar la comercialización de las noticias y el aumento de las ventas. Pero sobre todo, la búsqueda de soportes tanto económicos como informativos a través del establecimiento de una red de relaciones que iban desde los estratos más bajos, en los sectores populares, hasta los lugares estratégicos en las cúpulas empresariales y políticas: mantener buenas relaciones con personas de todos los sectores sociales fue fundamental para la vida de los periódicos, como lo demostró entre otras publicaciones el semanario que constituye el modelo de periodismo moderno en esa época, la revista *Hoy*, y que fue el contrapunto a las publicaciones corporativas en torno al Estado, como la revista dirigida por Vicente Lombardo Toledano, *Futuro*, y el diario semioficial *El Nacional*

Las prácticas que la revista *Hoy* estableció rindieron frutos y formaron corriente, al mostrar que así se podía mantener económicamente un semanario, sin recurrir a la dádiva presidencial. Nutrir sus páginas de la información emanada de todos los sectores sociales le atrajeron nuevos lectores y la libró de la dependencia de la información oficial, que en aquel momento invadió todos los espacios de difusión, pero dejó libre un amplio campo atractivo para los habitantes de una ciudad en ascenso. Fue este nicho de intereses urbanos lo que pudo explotar el semanario *Hoy*, a semejanza de sus antecesores, los diarios *Excélsior* y *El Universal*, y el semanario *Sucesos*, no sin dejar de opinar, informar y criticar acerca de la política del país y del resto del mundo. Opiniones y críticas que causaron gran controversia en el medio obrero organizado.

En la reconstrucción que exige la explicación de este proceso, en el que la prensa de información general debatió por su derecho a permanecer al margen de partidos y militancia política, en un contexto de difícil transición para el país, tratando de imponer nuevas formas y recursos para mantenerse como un medio competitivo y autónomo, o “independiente” como la llamaron sus fundadores, resulta de particular importancia recuperar el discurso periodístico en torno a los conceptos de “libertad de expresión y de prensa”, vertidos por sus defensores desde distintos ángulos ideológicos, así como por sus atacantes ante la fuerza que cobraba la gran prensa masiva de México y frente al Estado corporativo.

Difícilmente en ese contexto cargadamente ideologizado podría llegarse a unificar las ideas respecto al papel social y político de la nueva prensa. Mientras en el terreno jurídico no se ponía en duda la legalidad y la garantía constitucional de las libertades de expresión y de prensa, en los hechos las diferencias sobrepasaron la discusión escrita para llegar a los enfrentamientos físicos y las amenazas de desaparición de la gran prensa comercial. La unidad a la que con vehemencia llamaban líderes y gobernantes, fue sólo un buen deseo y una gran necesidad política, hasta ya iniciada la segunda mitad del siglo XX.

Sin embargo, es necesario aquilatar la tan atemorizante influencia atribuída a una prensa que afloraba en un mar de propaganda gratuita editada por diferentes instituciones estatales y civiles, puesto que un medio de comunicación interactúa con otros muchos en el escenario social al momento de alcanzar a su público esperado.

2. El universo editorial y la prensa en el cardenismo.

Una idea hasta hace poco sustentada respecto a la lectura en México, fue la que señalaba como factor predominante al analfabetismo que privó entre la población mayoritaria del país, hasta finales de la década de los años sesenta del siglo pasado. Por mucho tiempo atribuimos a este factor, como condición segura, la falta de repercusiones de la prensa y su carácter elitista. Situación que no es del todo cierta, como estudios recientes de historia social y cultural han señalado. El alcance social de la prensa y el libro parece haber sido mucho mayor de lo imaginado, debido a las prácticas de lectura en voz alta y al intercambio oral de información en los centros de reunión cotidianos en pueblos y ciudades de todo el país. Quizá fue esta situación la que hizo tan temida a los gobiernos la circulación de impresos⁶.

La oferta miscelánea de publicaciones en la capital de México era muy variada hacia principios de los años treinta del siglo XX. Los almanaques anuales daban cuenta de ello y ofrecían el envío por correo a la provincia, de muchas de esas publicaciones. Pareciera que en un ambiente propagandístico tan dinámico como lo fue el periodo de gobierno de Lázaro Cárdenas otro tipo de publicaciones no hubieran tenido ningún peso. Pero todo lo contrario, proliferaron las ediciones de libros, revistas, pasquines, volantes y ediciones de publicidad que ofrecían productos novedosos importados, como las primeras lavadoras de platos, refrigeradores, consolas y hasta autos de lujo. Todo parecía indicar que la sociedad y la economía mexicanas, maltrechas por las casi tres

⁶ Sobre este tema pueden consultarse las obras de : Antolín Piña Soria, *El libro, el periódico y la biblioteca como elementos de cultura popular*, México, documento editado por la Confederación de Trabajadores de México, 1936; Ricardo Pérez Monfort, *Juntos y medio revueltos: la ciudad de México durante el sexenio del general Lázaro Cárdenas*, Colección Sábado Distrito Federal, México, 2002; Kay Vaughan, Mary, *La política cultural en la Revolución. Maestros, escuelas y campesinos en México, 1930-1940*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª.ed., 2001; en la revista *El libro y el pueblo* editada por la Secretaría de Educación Pública, existen números de 1931 a 1933.; Salvador Novo, *La vida en México durante el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*, México, Empresas Editoriales, 1964; También los propios periódicos reseñan noticias y comentarios de la lectura de los mismos en estanquillos, peluquerías, mercados, tanto en la capital del país como en las ciudades y pueblos de provincia.

décadas de rencillas violentas, se sobreponían a esas condiciones y mostraban indicios de dirigirse hacia el anhelado progreso “moderno”.

La abundancia de publicaciones periódicas, muchas de ellas que solicitaban apoyo monetario directamente al presidente de la república, fueron motivo de preocupación para las organizaciones sindicales que canalizaban la actividad política del sector obrero y burócrata en apoyo al plan sexenal de gobierno. Tanto de este bando como del de la prensa desligada del gobierno, se iniciaron intentos por aglutinar en asociaciones profesionales a los trabajadores y a los redactores de los periódicos, como otra forma de control y de defensa de posiciones en torno al avance de la gran prensa comercial. Pero el escenario editorial de la ciudad de México lo ocuparon muchos tipos de publicaciones diarias, bisemanales, semanales, quincenales, mensuales, etc. Dirigidas a un amplio público urbano que también se diversificaba, cada vez más, en actividades comerciales y culturales.

A diferencia de las ediciones especializadas, los grandes diarios y las revistas de información general no dependían tanto de un público conocedor o erudito; sus tribulaciones para mantenerse en el mercado editorial provenían del capital o de la aceptación o tolerancia de los grupos de poder; pero la política cardenista de conciliación y unidad, permitía el juego de las distintas tendencias. Por otra parte el público que crecía a partir de la ampliación del comercio urbano y de las actividades recreativas, se interesaba poco a poco por el material gráfico y de entretenimiento, así como por la información internacional proveniente de agencias especializadas en distribución de noticias, cómics, modas y otros temas de lectura relativamente fácil, para el letrado medio de la ciudad.

La propia situación inquieta del país provocaba el interés y la expectación ante los acontecimientos diarios, por lo que la gente buscaba con avidez los ejemplares de periódicos llegados a la provincia por diversos medios como el ferrocarril, los autobuses y en pocos casos hasta a lomo de mula y excepcionalmente en avionetas. Si el tiraje de la prensa ha sido un misterio bien guardado por sus editores hasta nuestros días, lo cierto es que aun con exageraciones, cada ejemplar era leído por muchas personas, como testimonian algunos entrevistados por periodistas de la época. Tal fue el caso de la reconocida reportera Magdalena Mondragón quien escribió para la revista *Todo* en 1937:

“En provincia se calcula, si se tiran mil ejemplares, que éstos los leen seis mil gentes, porque dos son las personas notables que compran el periódico en una manzana de casas, y todos los habitantes de esta manzana, que no es de la discordia, son los que lo leen; esto para la propaganda de las noticias está bien; pero no para la economía del periódico”⁷

En opinión de esta reportera, una de las pioneras de mayor reconocimiento en México, en efecto los tirajes de los diarios eran escasos y los directores mentían “con toda tranquilidad de conciencia sobre el tiro”, diciendo por ejemplo que si un periódico tiraba seis mil ejemplares, en realidad sólo eran mil; pero en cambio-aseguraba Mondragón- ese periódico sería leído por seis o hasta diez mil gentes y esto es lo que debía importar a los anunciantes y mucho al director “que no puede hacer nada para evitarlo”.

Periódicos y revistas como *La Prensa* y *Sucesos* se disputaban el título de las más leídas en todo el país, con más de 100,000 ejemplares distribuidos por cada edición; sin embargo ellas mismas se decían en dificultades para ganar el público que en mayor cantidad buscaba los pasquines más populares, como el “*Paquín*” y el “*Chamaco Chico*”. El primero de la editora Sayrols que también distribuía revistas extranjeras de modas, ciencia y cine; el segundo editado por la creciente editorial Herrerías y que al igual que su competidora distribuía publicaciones estadounidenses, de España y Argentina. Pero a su vez todos ellos competían con un abundante material impreso producido por varias instancias gubernamentales, además de partidos, organizaciones obreras y agraristas y asociaciones de pretensión cultural. La Secretaría de Educación Pública reportaba tirajes de libros de autores clásicos, de 40,000 ejemplares cada uno, muchos de ellos repartidos de manera gratuita⁸. Hasta donde no se esperaba que hubiera recursos para actividades como la edición de libros y periódicos, en el campo mexicano aún en estado miserable, las numerosas organizaciones agrarias que sobresalían en varios Estados, como Veracruz, Yucatán, Michoacán, Coahuila, Guanajuato, Oaxaca,

⁷ Magdalena Mondragón, en *Todo*, 2 de septiembre de 1937, p.s/n

⁸ Véase Kay Vaughan, op. Cit.

dedicaron esfuerzo considerable a la producción de material impreso, para educación básica y para sustentar ideológicamente su apoyo al plan sexenal.

La misma reportera, Magdalena Mondragón, documenta que con el proyecto de bibliotecas ambulantes desplegado por Cárdenas en varios puntos de la ciudad de México y de la provincia, mucha gente de clase media, obreros y desempleados se acercaban a diario a leer, sobre todo los periódicos, como se muestra en fotografías tomadas en las bancas de la alameda central y la de Santa María la Ribera y publicadas en la revista *Todo*. El gobierno cardenista distribuyó abundante material de lectura de manera gratuita, en escuelas, vecindarios, fábricas, centros comunales en el campo y las orillas de la ciudad. Asimismo el Partido Nacional Revolucionario, la CTM, y otras asociaciones de intelectuales y artistas, autodenominados de izquierda, contribuyeron con la edición y distribución de textos que apoyaron la educación socialista, el reparto agrario, la organización sindical y el apoyo incondicional al presidente Cárdenas.

Pero no sólo circularon las ediciones afines al gobierno, o las de entretenimiento, también estuvieron permitidas las revistas editadas por la Iglesia católica, entre ellas: *Ábside*, *Christus*, *Cultura Cristiana* y la *Gaceta del Arzobispado*. En sus páginas se comentaba la flexibilidad del presidente Cárdenas para aminorar el conflicto entre Iglesia y Estado, sobre todo a partir del año 1936⁹. Asimismo, estas publicaciones reprodujeron en sus páginas artículos tomados de diarios y semanarios (como *Excélsior*, *El Universal* y la revista *Hoy*) en los que se hacía defensa de la libertad de expresión.

Las imprentas habían diversificado sus negocios y maquilaban trabajo de todo tipo. Pero la que sí fue manzana de la discordia fue la impresión de la abundante propaganda salida de las secretarías de Estado, no sólo de la principal editora de textos educativos, la SEP, sino también de la secretaría de hacienda y de la propia presidencia. El regateo por ganar estas concesiones llegó a los tribunales, los paros forzados de imprentas y la destrucción vandálica de algunas de ellas, demandas sindicales y las exigencias directas al presidente de la república para obtener su favor. Tanto de parte de los periódicos como de las imprentas el Archivo General de la Nación guarda numerosos expedientes

⁹ Para este tema véase: Roberto Blancarte, *Historia de la iglesia católica en México*, México, Fondo de Cultura Económica/Colegio Mexiquense, 1992.

que testimonian los conflictos de este orden. Al parecer la edición de libros y folletos llegó a verse como un gran negocio asociado a las metas del gobierno.

Aun cuando el presidente Cárdenas mostró siempre enorme cautela en su papel de mediador de conflictos intergremiales, evitando favorecer notoriamente a alguna de las partes, dejó abierto un espacio para la actuación directa de las organizaciones sindicales, a través de sus líderes cercanos al gobierno, como actores reguladores de las posiciones ideológicas de los distintos periódicos. En esta confrontación, afloró una idea diferente respecto al significado político y social de la libertad de expresión y de prensa, que en momentos llegó claramente a extremos de exigir la desaparición total de la prensa masiva, llamada comercial por sus opositores como el líder máximo de la organización obrera del país, Vicente Lombardo Toledano, quien desde su revista *Futuro*, pero también desde los periódicos “comerciales” que le dieron espacio por mucho tiempo, lanzaba sus constantes ataques a esta prensa y exigía su desaparición.

3. Militancia política y libertad de expresión sin límite.

Aun con la permanente defensa de la libertad de prensa que el presidente Cárdenas hizo en sus discursos públicos, la batalla entre posiciones distintas se llevó a extremos de violencia tanto en el lenguaje como en los hechos. Pero el reclamo por una lealtad a los postulados de la clase obrera organizada no impidió que los grandes diarios y semanarios continuaran circulando y que cada grupo en contienda hiciera la defensa de sus ideas acerca de este escabroso asunto.

La radicalización de los discursos llegó a excesos en boca de Lombardo Toledano de una parte, y de los escritores más conservadores de la otra parte, como Salvador Novo, René Capistrán Garza, José C. Valadés. La guerra se había trasladado a las páginas de los principales periódicos de la ciudad de México.

Si en un principio la prensa capitalina había aceptado, casi con indiferencia, la creación del Departamento Autónomo de Prensa y Publicidad¹⁰, que Cárdenas decretó para que se encargara de canalizar toda la información proveniente del sector oficial,

¹⁰ El DAPP entró en funciones en enero de 1937, bajo la dirección del propio secretario de gobernación, el Sr. Agustín Arroyo. Antes de esto la información la canalizaba el diario *El Nacional*, del que también formó parte Arroyo y otros miembros del partido oficial.

poco después llovieron las críticas sobre la centralización informativa, pero en especial sobre lo que los periodistas independientes llamaron la fiscalización de su trabajo, que derivó en llamadas de atención frecuentes y amenazas anónimas cuando publicaban datos o comentarios adversos a las acciones gubernamentales. Salvador Novo llegó a comentar en su columna “La Semana Pasada” que el Sr. Arroyo había pedido (directamente) a un grupo de periodistas cambiar el discurso de los periódicos, ya que “cualquier persona que leyera un periódico mexicano se crearía una imagen falsa de México (porque) lejos de buscarle un ángulo agradable a los acontecimientos(...) los periódicos hacen lo imposible por hallarles defectos que se complacen en fotografiar (...), mojan en veneno plumas irónicas, de todo se burlan...no comprenden que si se implantaran en México los regímenes que ellos juzgan sus excelencias, lo primero que harían sería privarlos de una libertad que ha degenerado en libertinaje”¹¹.

Por su parte el historiador y colaborador de varios periódicos José C. Valadés, defendía en el editorial del tercer aniversario de la revista **Hoy**, la posición “plural” de este semanario que, a su entender, había dado espacio para externar de manera libre las ideas a distintas tendencias de pensamiento. Como Valadés, otros escritores hicieron crítica de aspectos del plan de gobierno en que no concordaban sus ideas, pero sobre todo, los ataques fueron directos contra los líderes sindicales y otros “caciques” que en diversos puntos del país mantenían privilegios. Decía Valadés en su artículo: “Los caciques que odian la libertad de pensamiento se parecen a esos enfermos que aborrecen los termómetros...el malestar social no se cura con el silencio (...) El presidente Cárdenas no tiene la ceguera mental de esos caciques y no ha puesto la menor traba a la libre difusión de las ideas”, y definía su manera de ver la labor de la revista que pretendía ser independiente para la defensa de la expresión de todas las tendencias ideológicas:

“Hoy no pertenece a la revolución ni a la reacción (...) nuestra revista es un baluarte de libertad auténtica, la que no se asusta con ninguna idea, ni se estremece con ninguna doctrina. Reclutamos nuestros colaboradores en todos los bandos, y publicamos las opiniones más antagónicas y contradictorias, para que el pueblo escoja el ideario que mejor le cuadre y tome la orientación que le parezca más conveniente”¹².

¹¹ Salvador Novo, *La Semana Pasada*, revista **Hoy**, 1 de julio, 1939,p.7

¹² José C. Valadés, “Timbre de gloria”, en revista **Hoy**, 4 de marzo, 1939, p.11

Ciertamente es difícil creer que en aquel momento de grandes definiciones políticas y de confrontaciones ideológicas a flor de piel, una publicación importante permaneciera en la neutralidad acerca de lo que el modelo de gobierno intentaba definir. Pero no se puede negar que también un modelo nuevo de prensa estaba en camino a consolidarse, y este modelo exigía dejar la acción política a otras instancias sociales, o al nivel personal si se trataba de ocupar un espacio público como el del periódico de gran tiraje, que pretendía alcanzar a un gran público heterogéneo. Las opiniones a este respecto variaban aun dentro de los mismos grupos editoriales. Propios y ajenos, en diarios como *Excélsior* y *El Universal* intercambiaban posiciones en cuanto a la tolerancia que debía haber sobre la expresión de ideas. Mientras que, para los radicales de la CTM o *El Nacional*, la prensa debía apoyar, sin excepciones, el conjunto del plan de gobierno y no sólo eso, sino las posturas de los líderes como Lombardo Toledano, aun cuando éstas solían diferir de otras expresadas por Lázaro Cárdenas y por ideólogos del Partido Comunista Mexicano¹³.

La controversia que se desarrollaba en la prensa, entre distintos individuos, más que entre grupos, mostraba el dinamismo de la época, la difícil situación por la que atravesaba el Estado mexicano en formación, y el tránsito de la prensa hacia su condición moderna, masiva, en el siglo XX. Si bien la defensa de la libertad de prensa implicaba el riesgo de los excesos, éstos no eran fáciles de definir, pues cada bando ponía sus límites a distancias muy variadas. Con frecuencia se traía a colación el caso del gobierno maderista, cuando la prensa jugó el papel de traidora a la Revolución y se vio manchada por la sangre del prócer de este movimiento. En esa óptica conceder un espacio editorial a cualquier líder o caudillo significaba comulgar con sus posiciones políticas y ganarse, automáticamente, el desprecio de sus enemigos. Lógicamente que aquellos que no militaban en algún partido argumentaban a favor de la neutralidad de las publicaciones, pues de lo contrario se negarían la posibilidad de opinar y de argumentar acerca de las ideas y los proyectos de Estado.

¹³ El propio Lombardo Toledano escribió en *El Universal* y en *Hoy*, como muchos otros colaboradores de estos periódicos que a su vez escribieron en *El Nacional* y en *El Popular*. José Vasconcelos empezó colaborando en *Hoy* y más tarde difería de la idea de abrir el espacio a todas las tendencias: Véase número de aniversario de *Hoy*, 4 de marzo de 1939, p. 12.

Como señala Abraham Moctezuma, a finales de los años treinta “el Estado mexicano empleaba a la mayor parte de los intelectuales. Era una etapa en que se delineaban las formas del sistema político, de la cultura “oficial” y, en consecuencia, de la generación y desarrollo del espacio de opinión pública que dictamina la militancia del escritor y el artista. Era un momento de opiniones y reocupaciones, de llenar aquellas posiciones por la quiebra del antiguo régimen. Era el momento de reemplazar a los viejos intelectuales y en su lugar entronizar a los “oficiales”. En este sentido, el Estado de la Revolución pone las condiciones para la participación de los intelectuales en la vida pública nacional”¹⁴.

Paralelo a ese proceso la gran prensa ensayaba nuevos caminos y en sus trincheras se formaban ya los nuevos reporteros, corresponsales y columnistas al estilo ágil, breve y novedoso de la prensa masiva, no sólo la estadounidense pues hay que recordar que ésta tomó como sus modelos a la veterana prensa inglesa, así como a la francesa y la alemana.

El resultado de la confrontación entre una prensa al servicio de los intereses corporativos del Estado y una prensa que se sostuviera por las ventas de su producto, al margen de las militancias políticas, tal vez no fue el mejor o el más transparente, pues la relación de la prensa con el poder fue derivada hacia condiciones indirectas poco claras, a veces convenencieras para uno y otro bando, pero no es despreciable el margen de juego que la prensa logró conquistar y que ha permitido una cierta apertura a la diversidad de opiniones y tendencias informativas.

¹⁴ Abraham Moctezuma Franco, “El camino de la historia hacia su institucionalización”. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/ICSH, en *Historia y Grafía*, Universidad Iberoamericana, núm. 25, México, 2005, p. 45

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA.

- Blancarte, Roberto, *Historia de la iglesia católica en México*, México, Fondo de Cultura Económica/Colegio Mexiquense, 1992.
- Blanco, José Joaquín, “Medio siglo de literatura en México”, en *Política cultural del Estado mexicano*, México, Secretaría de Educación Pública/centro de Estudios Educativos, 1983.
- Curiel Defossé, Fernando, “Ambición sin límite. La intelectualidad mexicana del siglo XX”, en *Historia y Grafía*, revista de la Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, núm. 23, 2004.
- Florescano, Enrique y Ricardo Pérez Monfort, *El nuevo pasado mexicano*, México, Ediciones Cal y Arena, 1991.
- Kay Vaughan, Mary, *La política cultural en la Revolución. Maestros, escuelas y campesinos en México 1930-1940*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª. Ed., 2001.
- Novo, Salvador, *La vida en México durante el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*, México, Empresas Editoriales, 1964.
- Pérez Monfort, Ricardo, “Calles y callejones: una valoración de la cultura urbana durante los años treinta del siglo XX mexicano”, Conferencia y texto presentados en el seminario de Historia de la prensa en México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 2008.
- Piña Soria, Antolín, *El libro, el periódico y la biblioteca como elementos de cultura popular*, México, documento editado por la Confederación de Trabajadores de México, CTM, 1936.
- Semo, Ilán, “La segunda secularización”, en revista **Fractal**, Fundación Fractal, núm. 25, México, 2002.
- Secretaría de Educación Pública, *El libro y el Pueblo*, México, Núms. 1-6, T.XI, XII, enero 1933, junio 1934.
- Villegas, Abelardo, *El pensamiento mexicano en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

HEMEROGRAFÍA CONSULTADA

Christus, 1938-1939

Cultura Cristiana, 1936-1939

Excélsior, 1937-1940

El Universal, 1939

El Hombre libre, 1938-1939

Futuro, 1938-1939

El Popular, 1939

Hoy, 1937-1940